

Gritos en Silencio

1

Quienes nacemos en pequeños pueblos, al terminar la escuela secundaria, a la edad de 17 años aproximadamente, generalmente las opciones que tenemos son quedarnos en el pueblo trabajando (algunos continuando con el negocio familiar) o irnos a la gran ciudad para estudiar en la universidad. Esta segunda opción fue la que en su momento pude elegir gracias al apoyo incondicional por parte de mi familia.

Esas primeras decisiones que comenzamos a tomar son las encargadas de crear los primeros vestigios de nuestra personalidad, o dicho de otra manera, las que nos van formando como personas a lo largo de nuestras vidas. De un día para otro me encontré siendo responsable de mi propia vida casi por completo: aprendiendo a cocinar, a lavar, a limpiar, a tener que administrar el dinero que me enviaban mis padres para llegar a fin de mes, a pagar las cuentas en tiempo y forma, con obligaciones de horarios y compromisos respecto a mis estudios, entre tantas otras cosas. Un golpe repentino de maduración. Pero por encima de todo esto, el punto principal que hoy, tantos años después puedo considerar como el más relevante y significativo es el *Desarraigo*, punto de inflexión que marca un antes y un después en nuestro crecimiento personal, a partir del cual empezamos a valerlos por nosotros mismos. El haber vivido este

desarraigo desde tan pequeño nos ha permitido tanto a mi, como a mi familia y amigos entender la vida de otra manera, relativizando las distancias y resignificando ciertos conceptos. Por ejemplo, el *Extrañar*, donde uno deja de identificarlo como algo triste o nostálgico para comenzar a usarlo a su favor. Es decir, que la definición de extrañar dentro de mi vocabulario tiene una connotación positiva, que tiene que ver con tener presente en cada momento y en cada lugar donde estoy a todas esas personas que quiero con el alma y que son partes fundamentales de mi vida.

Ese desapego familiar a temprana edad nos da la posibilidad de empezar a vivir de manera independiente, a desplegar alas y comenzar a volar libremente. Ojo que esto no implica alejarse sentimentalmente de los afectos, ni olvidarse de los seres queridos. Mas bien todo lo contrario: los vínculos se intensifican, se fortalecen día a día, regándolos a la distancia cuando se está lejos y viviéndolos con intensidad, aprovechando cada segundo cuando se vuelve a estar cerca. Es otra dinámica de vida. Se vive de otra manera donde cada una de las partes sienten felicidad por el otro, sabiendo que cada uno es feliz con la vida que eligió. Es tan bonito y egoísta como el simple hecho de alegrarse si alguien que uno quiere también es feliz sin tenerlo necesariamente cerca. Es soltar.

Este desarraigo, sin que yo fuera consciente en el momento que empecé a practicarlo, fue determinante para todas las decisiones que venían por delante a lo largo de todos estos años.

Y así fue que comencé la universidad, como así también empecé a trabajar como para darles una mano a mis padres que hacían el esfuerzo mes a mes para que yo pudiera estar estudiando.

Durante este periodo de transformación conocí a una persona muy especial que sin darse cuenta sembró una semillita de curiosidad en mí. Esa semilla de manera muy sutil y silenciosa iba germinando en mi interior.

Finalicé mis estudios, y de alguna manera mediante esa graduación saldé simbólicamente la deuda que tenía con mi familia por todo el esfuerzo que habían hecho para que yo pudiera concretar ese primer gran objetivo de una extensa lista que, si bien ya estaba escrita en mi leyenda personal, yo aún no lo sabía. Tenía un gran recorrido por descubrir.

A partir de ahí la libertad me brotaba por los poros, pedía a gritos salir a volar, sentía que ya no cabía dentro de mi cuerpo, hacía una presión en el pecho que venía desde adentro y empujaba hacia afuera con tanta fuerza por salir que no había forma de controlarla.

¡Evidentemente la semilla tenía ya sus primeros brotes porque había comenzado a ver el sol!

Creo que nunca sabré con exactitud cuál es el origen de mi locura por inspeccionar el mundo, seguramente es un cumulo de cosas que a través de la historia se fueron sumando hasta lograr la madurez suficiente para salir a la luz. Quizá es algo que vengo arrastrando

desde hace muchísimos años atrás, quizá décadas, o siglos, quizá de algún antepasado perdido, de esos que componen los inicios de un árbol genealógico prehistórico, o tal vez no, también cabe la posibilidad de que la influencia sea de algún familiar más bien cercano...no lo se. Probablemente todas y cada una de esas piezas han sido fundamentales para ir armando este tan complejo rompecabezas que una vez completo luce casi perfecto como un cuadro destacado en un museo, donde solo el artista, el creador, conoce todo el recorrido, sacrificio y dedicación que llevó la realización de esa maravillosa obra.

Aunque en verdad lo más importante de todo esto es cuando uno realmente siente el llamado dentro suyo, el llamado de la madre tierra hacia un nuevo despertar, cuando uno empieza a sentir el eco de esas trompetas tocadas por ángeles que resuenan en su interior, que no tienen explicación, que simplemente resuenan. Claro que depende exactamente de cada uno de nosotros escucharlas o no. Muchas personas no son capaces de sentir las ya que es tanto el ruido que las rodea que el sutil llamado pasa totalmente desapercibido. Otras pueden oírlo, pero por miedos e inseguridades huyen despavoridas y aterradas creyendo que se están volviendo locas porque eso no corresponde con lo que se supone que es lo correcto. Y otros por curiosidad, porque alguien nos sembró esa semillita, por querer ir siempre un poquito más allá de esa línea predefinida por "algo o alguien" empezamos a prestarle más atención, y cuando esto sucede, esa voz empieza a crecer, se empieza a alimentar de sueños,

de libertades, de deseos... Se va haciendo cada vez más grande, y se escucha cada vez fuerte, cada vez con más poder, hasta que llega un día donde ya no podemos disimular más, donde ese vozarrón nos empuja para que salgamos al mundo y nos marca el inicio del sendero.

Cuando fui consciente de ese pequeño eco, le empecé a dedicar más tiempo para ver de qué se trataba, para intentar decodificar eso que al principio era un susurro pero que luego se entendía con total claridad.

De un trabajo a otro aparecieron pequeñas oportunidades de empezar a moverme por Argentina, comencé con pequeños experimentos como largarme a viajar solo por el país para ver cuáles eran mis reacciones ante esos nuevos desafíos. Viajes de corta duración, otros un poco más largos, viajes a destinos cercanos y algunos un poco más lejos. Lentamente las puertas de una nueva realidad se iban abriendo. Y aunque en aquella época esas vivencias parecían insignificantes, fueron las principales responsables de darle cuerpo a esa voz que gritaba en mi interior.

¡Juntos nos animamos a dar los primeros pasos de ese camino infinito que hoy seguimos eligiendo transitar!

¡Ella y Yo, los dos juntos a la par!

